

MANUEL F.-MONZÓN ALTOLAGUIRRE
y **SANTIAGO MATA**

EL SUEÑO DE LA TRANSICIÓN

**Los militares y los servicios de inteligencia
que la hicieron posible**



Índice

PRESENTACIÓN

Capítulo 1. Así nació nuestro servicio de inteligencia

Los dos ejércitos de Franco

De la Falange al Grupus

Muñoz Grandes, vicepresidente del Gobierno

La primera vez que me propusieron hacerme yanqui. Del MIT al Sahara

Agente y prisionero en la URSS

Mi trabajo con Muñoz Grandes y con la CIA

Capítulo 2. Carrero Blanco, líder de la pretransición

El Gabinete Azul y la elección del príncipe

La visita del general Walters

PROMESA, Prisa y la elección de Polanco gracias a Tamames

Del Gabinete Azul al SECED. Las Notas de Actualidad

Las operaciones «militares» de la Pretransición

El almirante eligió a Felipe González: de Toulouse a Suresnes

La «guardia intermedia» democristiana y la expansión de PROMESA

La ETA no pudo idear el magnicidio

Capítulo 3. Arias Navarro y el fin del franquismo

El Grupus defenestrado y yo con Pío Cabanillas

De la dimisión de Pío Cabanillas a la muerte de Herrero Tejedor

De la muerte de Franco a la llegada de Suárez. Reaparecen las Notas

El discurso del rey

Gutiérrez Mellado me pregunta por las Notas

Capítulo 4. Suárez, un hombre con suerte política

A la sombra de Carmen Díez de Rivera

El primer gobierno Suárez: «Ya ha pasado lo peor de la Transición»

De la crisis militar al referéndum, pasando por el harakiri

Los partidos políticos y el terrorismo

Generales de tenientes: la defenestración de Areilza

La decepción de Torcuato

La Ley D'Hondt evitó un golpe de Estado

El alucinante crescendo de la ETA

El papel del Ejército y su inquietud

El intento de constitucionalizar un «Ejército popular»

El fracaso de UCD para representar a la clase media

Capítulo 5. De la constitución a la patochada de Tejero

Verano de 1978: reaparece la ETA

Galaxia, la Constitución y el (poco) respeto a la ley de los españoles

Las elecciones de 1979

La trampa mortal de las autonomías

Acoso y derribo contra Suárez

Operación De Gaulle y «golpismo banana»

Y Suárez tiró la toalla

Tejero y su golpe de diez minutos

La consecuencia: ascenso del PSOE. La CIA me vuelve a tirar los tejos

El harakiri de la derecha española

CRONOLOGÍA DE LA TRANSICIÓN

BIBLIOGRAFÍA CITADA

A mis compañeros del Servicio Central de Documentación de la Presidencia del Gobierno (SECED), que entre 1972 y 1976 tanto y tan eficazmente trabajaron por España, entendiéndose con gentes de variadas sensibilidades ideológicas y políticas para organizar una alternativa de cambio y transformación democrática del régimen de Franco frente al rupturismo suicida y guerracivilista que deseaba la izquierda radical y antisistema de entonces.

PRESENTACIÓN

Desaparecidos de la escena pública Su Majestad el rey don Juan Carlos y el expresidente Adolfo Suárez, el primero por renuncia voluntaria del trono y el segundo por fallecimiento, parece llegado el momento oportuno de acotar y puntualizar la actuación de ambos en la ejecución de la Transición del franquismo a la democracia, que fue brillante pero en cuya previsión, preparación y diseño al mayor detalle, desde cuatro años antes, nada tuvieron que ver.

Fueron otros, en el largo periodo de la Pretransición, los que abordaron tan trascendental tarea y la ofrecieron a los protagonistas ejecutores, don Juan Carlos y Suárez, bajo la batuta de Torcuato Fernández Miranda. Tal labor fue llevada a término por el Servicio Central de Documentación (SECED) de la Presidencia del Gobierno, con la cooperación de los servicios de inteligencia de los Estados Unidos y de la República Federal de Alemania, bajo las instrucciones de la Secretaría de Estado de Estados Unidos y la Presidencia de la República Federal Alemana.

Este acotamiento y puntualización, sin el menor desdoro para la tarea ejecutiva de don Juan Carlos y Adolfo Suárez, pretende constituir un homenaje a los militares que, en la sombra difícil y complicada del SECED, llevaron adelante la gigantesca tarea de la preparación y diseño de la Transición, haciendo imperar el cambio por la vía de la reforma, frente a la pretensión rupturista de las fuerzas políticas izquierdistas, y la no menos delicada labor de ir concionando a los líderes y «prelíderes» de las fuerzas políticas y sociales, legales y por legalizar, de lo mismo: la conveniencia de la reforma en lugar de la ruptura.

Aquel puñado de hombres en la sombra fue el primero en comprender, de la mano de Estados Unidos, que la continuidad del régimen franquista, encabezada por el rey Juan Carlos, era imposible y que de igual modo debía hacerse imposible que el cambio necesario se hiciera a través de una ruptura violenta y derrocadora del régimen franquista. Para ello, hubieron de enfrentarse a las dificultades de comprensión de todos, y sobre todo de la superioridad militar, tan importante e influyente por entonces.

Este libro, pues, pretende ser un homenaje a aquellos hombres en la sombra, cuyo nombre nadie conoce ni conocerá, capaces de enfrentarse a todo para hacer entender la necesidad de la transformación del Estado, cuidadosamente preparada.

Tras la muerte de Adolfo Suárez, el 23 de marzo de 2014, se desencadenó una justificada y legítima lluvia de elogios, entre los cuales se contaban los del rey Juan Carlos, que, en el mensaje que difundió el mismo día del óbito, aprovechó «para recordar y valorar uno de los capítulos más brillantes de la historia de España: la Transición que, protagonizada por el pueblo español, impulsamos Adolfo y yo junto con un excepcional grupo de personas de diferentes ideologías, unidos por una gran generosidad y un alto sentido del patriotismo».

Este mensaje, que lógicamente puede ser interpretado de muy diferentes maneras, en mi opinión hubiera sido más exacto si en su redacción apareciera el pueblo español como impulsor y Su Majestad y Suárez como protagonistas, junto con esas personas de diferentes ideologías que quedan en un sombrío segundo plano. Porque en este caso, del mismo modo que en una película, aquellos a quienes vemos actuar normalmente no fueron también los autores del guión, los directores ni los productores. De hecho, lo son las menos de las veces, y en la mayoría de las producciones —y lo mismo que para las de cine, teatro y otras manifestaciones culturales, podría decir que en todas las grandes empresas humanas— quienes han impulsado el proyecto no son los que aparecen como protagonistas de cara al público, aunque, lógicamente, estos protagonistas participen de las intenciones de quienes proyectaron la empresa en la que participan.

La historia tiene complejos motores, y la de la Transición española también. Es indudable que el rey Juan Carlos y Suárez fueron protagonistas, y hasta directores de dicho proyecto. En cuanto al impulso, al origen, naturalmente podríamos decir que correspondió al pueblo español, pero eso sería demasiado difuso y, tratándose de personas que hemos conocido los entresijos de esa época, equivaldría a ocultar lo que sabemos. Por mi trabajo en el servicio de inteligencia de aquella época —como casi todos los agentes de información, mal llamados «espías», prefiero ese nombre al de «servicio secreto»—, conocí esos primeros movimientos de lo que llegaría a ser la Transición. Y sé que sus impulsores no fueron ni el rey Juan Carlos ni Suárez. Decir esto, reconocer la existencia de un proyecto que quienes lo conocimos dimos en llamar Pretransición, no supone negar los muchos méritos del rey, de Suárez y de tantas otras personas. Todo lo contrario: cuanto más se distinga lo que corresponde a cada cual, menos habrá que recurrir, con el tiempo, al derribo de falsos mitos. La justicia es dar a cada uno lo suyo, e indudablemente la deuda de los españoles tanto con el rey Juan Carlos como con Suárez es inmensa. Pero esa deuda no se refiere al impulso en los orígenes de ese proyecto que comenzó en los primeros años setenta y que daría lugar, después, a la Transición, cuyos indudables protagonistas fueron el monarca y el presidente.

Como ya hice cuando falleció el expresidente, quiero manifestar aquí mi profundo dolor por la muerte del amigo, al que tuve ocasión de ayudar en aquellos años, tan amable, tan cariñoso, tan cordial y tan valiente. Además de esas cualidades, con una cierta sonrisa lo digo, tuvo la de ser un hombre con suerte política, algo que, como dijo Napoleón, es importantísimo.

Para entender la realidad de Suárez y de la Transición hay que entender primero la Pretransición. En la película de la Transición, el rey y su presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, fueron los magníficos actores protagonistas, pero no fueron en absoluto ni los autores del guión, ni los productores, ni los directores. El director de la película fue Torcuato Fernández Miranda, que desde 1969 era ministro secretario general del Movimiento, pasando a ser vicepresidente en el gobierno de Carrero, a cuya muerte le sucedió durante once días, para presidir después las Cortes y en consecuencia el Consejo del Reino. El guión se produjo, se diseñó, se elaboró y se concretó hasta el más mínimo detalle a partir del 27 de febrero de 1971, cuando visitó España el general Vernon Walters como embajador volante del presidente de Estados Unidos, Richard Nixon. Walters fue a ver a Franco, y en esa entrevista, según él mismo relataría, le dijo que Nixon tenía mucho interés en saber qué opinaba Franco sobre el Mediterráneo. Franco se echó a reír y le contestó:

—Su presidente lo que quiere saber es qué va a pasar aquí después de que yo me muera.

Y ante la explicación de Franco de que todo estaba «atado y bien atado», Walters respondió:

—Sí, todo está atado y bien atado según usted, pero nosotros no creemos que eso sea así, porque el rey no podría reinar en un país con el régimen actual sin reformar.

A partir de ese momento, Franco encargó al general Walters que estableciera contacto, primero, con el general Díez-Alegría, jefe del Alto Estado Mayor, y a continuación con el almirante Carrero Blanco. Y fue un grupo de militares, encuadrados en el Servicio Central de la Presidencia del Gobierno (SECED, el servicio secreto, para entendernos), los que diseñaron, elaboraron y concretaron —con la ayuda de la Secretaría de Estado norteamericana, de la CIA, y del BND (Bundesnachrichtendienst) alemán— las siete operaciones en que consistió la Pretransición, y que fueron el guión que luego se seguiría. El Ejército, por tanto, y con él el núcleo del régimen franquista, no solo no constituyó un muro, sino que está en el origen —aunque intervinieran como fuerzas incluso anteriores tanto la presión norteamericana como la más difusa del pueblo español— de ese impulso al que llamamos Pretransición. Cuando se habla de que Adolfo Suárez resistió el chantaje de la dictadura y el cerco de los generales, tal expresión puede ser válida si se refiere a los tenientes generales, que eran los oficiales que hicieron la guerra con Franco, pero no tenían nada que ver con nosotros. Cuando oigo a veces a ciertos personajes que se dan importancia por su supuesto papel durante la Transición, y en general a quienes se llaman luchadores contra la dictadura, recuerdo los arrestos con que Leandro Peñas Varela respondió delante de mí al almirante Carrero Blanco, que le hacía reproches.

—Están ustedes enredando mucho con todo esto de la democracia y de los partidos.

—Desengáñese, almirante, que no hay más democracia conocida en el mundo que la democracia liberal de partidos. Esto así no se le puede dar al rey.

Tanto como había sido valiente la actitud de mi compañero, fue simbólica la del almirante, al arrojarle a la cabeza el ejemplar de las Leyes Fundamentales que tenía para su uso personal, gritando:

—¡Eso no lo pone aquí!

Salimos corriendo y el libro pegó en el quicio de la puerta. El día que murió Carrero cogí aquel libro descuadernado y me lo llevé como recuerdo. Reaccionaba con violencia, pero lo comprendió, comprendió que no había más remedio. Quizá no haya mejor símbolo —no una mera metáfora, sino una realidad que representa a otra que no se ve— de cómo se impulsó, desde dentro de las instituciones franquistas y por alguno de sus principales responsables, aunque fuera a regañadientes, el diseño de la Pretransición, y con ella de la Transición.

Junto a mis recuerdos de la Pretransición, presento y explico aquí extractos de las Notas de Actualidad que, con periodicidad quincenal, escribí a partir de 1976, examen que detengo —por tratarse en este libro solo de la Pretransición y la Transición— en el año 1981. Agradezco al historiador Santiago Mata el estudio que ha hecho de estas notas, ayudándome a seleccionar lo más representativo de ellas, y con ellas, de mis recuerdos. Las opiniones expresadas, tanto en las Notas como en este mismo libro, son, naturalmente, de mi exclusiva responsabilidad.

De modo que de la mano de Carrero Blanco nos fuimos metiendo en esos planes de reinstauración. Pero nuestro grupo no era el Ejército. El Ejército simplemente estaba en línea total con lo que aparecería en la segunda parte del testamento de Franco; cuando después de dirigirse al pueblo español, se dirige a las Fuerzas Armadas para decirles textualmente: Dadle al rey la misma lealtad que me habéis proporcionado a mí. Y estaban en eso: que con el rey todo sería posible, menos serle desleal. Hasta tal punto cuajó en la mentalidad de los militares, y de muchas personas en la época, que no son pocos los que piensan que hubo dos testamentos de Franco, uno para la sociedad y otro para los militares. Pero solo hubo uno. Cuando, a mediados de diciembre de 1981, se celebró una reunión de exministros de Franco, según recordaría *El País* en una noticia del día 16, se rememoró con viveza el testamento del difunto jefe de Estado, y Vicente Martos, cuando le preguntaron por ese documento, «recordó que Franco pidió lealtad de las Fuerzas Armadas al rey». Como digo, era algo tan claro que muchos llegaron a crear en su memoria, con ese dato, un documento específico que en realidad no existió.

Esa es la respuesta a la pregunta que yo me he hecho muchas veces: ¿por qué lo del rey no se podía discutir? Porque el Ejército no lo habría aguantado, y cuando hablo del Ejército me refiero en este caso al mando del Ejército, siempre importantísimo, porque el Ejército es una estructura piramidal, de arriba a abajo, en la cual puede haber siempre, como ahora, asociaciones de militares republicanos, formadas por dos o tres personas, puede haber grupos o grupúsculos disidentes, pero en general el Ejército está encantado con su estructura jerárquica, como debe ser, y el mando del Ejército se hubiera opuesto radicalmente a cualquier cosa que supusiera poner en tela de juicio lo que Franco les pedía: la fidelidad a Juan Carlos.

Preparar la transición política, el cambio de régimen a una democracia, era algo que no se podía pedir a los generales de Franco, a los oficiales que habían ganado la Guerra Civil, y que la tenían vivísima. Pero sí se nos podía pedir a los militares profesionales que nos habíamos formado en la posguerra y que no solo terminaríamos por imponer ese plan al resto de los militares, sino incluso al mismísimo almirante Carrero Blanco.

La visita del general Walters

Los norteamericanos, desde el año 1953, siempre que tenían que hablar o negociar algo con Franco, le mandaban un militar: el almirante Forrest Sherman, el almirante Thomas Connolly, el general Curtis LeMay. Siempre era un general el que venía. Y uno de ellos, el general norteamericano Vernon Walters (1917-2002), que entonces era embajador volante del presidente Nixon (desde 1972 hasta 1976 fue director adjunto de la CIA, y ya había acompañado a Eisenhower como traductor en su viaje a España en 1959), fue el primer gran protagonista de la preparación de la Transición, al aparecer en Madrid el 27 de febrero de 1971. En esa ocasión fue cuando Franco le dijo: «Mi verdadero monumento no es el Valle de los Caídos, sino la clase media española. Cuando asumí el gobierno, no existía. La lego a la España de mañana».

El más extenso relato de la entrevista entre Walters y Franco lo hizo el general norteamericano al corresponsal del *ABC* en Santander, Pablo Hernández, que publicó lo siguiente en la página 25 del diario el 15 de agosto de 2000:

P. Durante su paso por la CIA, ¿qué visión se tenía de lo que estaba sucediendo en España?

R. Bastante interesante. Vine con Eisenhower y con Nixon. Cuando era agregado militar en Francia recibí un telegrama que me decía que tenía que volver a Washington. Vuelvo a Washington, voy al Pentágono y me dicen que vaya a ver al presidente. Fui a ver a Nixon y me dijo que estaba muy preocupado con la situación en España. «Quiero que vayas y hables con Franco sobre lo que acontecerá después de él». Yo le dije: «Señor presidente, ese es un asunto que no se discute en España desde hace cuarenta años». «Él comprenderá, váyase», dijo.

Fui. Toda la noche en el avión pensaba cómo se lo iba a preguntar. Me recibió en El Pardo con el ministro López Bravo. Franco estaba en pie, le di una carta de Nixon en la que le pedía que hablara francamente conmigo. Yo había estado con Eisenhower y Franco me conocía. «Su presidente quiere que le hable francamente». «¿De qué?». Yo le dije: «Mi general, por un accidente de la historia, el presidente de los Estados Unidos tiene mucha responsabilidad en varias partes del mundo. Él está muy preocupado por la situación en el Mediterráneo occidental, tiene mucho respeto por su opinión y quiere saber cómo ve usted los acontecimientos del futuro en el Mediterráneo occidental».

Él me dijo: «Lo que interesa realmente a su presidente es lo que acontecerá en España después de mi muerte, ¿no?». Le dije: «Mi general, sí».

«Siéntese, se lo voy a decir. Yo he creado ciertas instituciones, nadie piensa que funcionarán. Están equivocados. El príncipe será rey, porque no hay alternativa. España irá lejos en el camino que desean ustedes, los ingleses y los franceses: democracia, pornografía, droga y qué sé yo. Habrá grandes locuras pero ninguna de ellas será fatal para España». Yo le dije: «Pero mi general, ¿cómo puede usted estar seguro?». «Porque yo voy a dejar algo que no

encontré al asumir el gobierno de este país hace cuarenta años».

Yo pensé que iba a decir las Fuerzas Armadas, pero él dijo: «La clase media española. Diga a su presidente que confíe en el buen sentido del pueblo español, no habrá otra guerra civil».

Se levantó, me dio la mano y ya había terminado la entrevista.

Walters añadió —esto ya no fue publicado en *ABC*—: «Sí, pero si usted me lo permite, a nosotros nos interesa mucho la estabilidad de España y Portugal, de la Península Ibérica. Si a usted no le importa, vamos a atar esto bastante más». Y entonces Franco le mandó a Carrero, que es el gran desconocido de la última etapa del franquismo, porque siendo efectivamente más franquista que Franco, siendo muy creyente —me parece que Dios le escuchó sus oraciones de que no quería vivir el posfranquismo, como el matrimonio Goebels no quería vivir el posthitlerismo, y yo creo que por eso Dios se lo llevó por delante antes—, con todo eso, Carrero había comprendido ya, a través de las personas del Opus que le rodeaban —Laureano López Rodó y los otros Lópezes (Gregorio López Bravo, José María López de Letona)—, que el rey era la única solución posible, y que Juan Carlos no podía gobernar con la democracia orgánica.

Ese era el punto de arranque de la Pretransición: que el rey no podía estar al frente de un régimen exactamente igual que el que Franco dejaba, cosa que Franco sabía. Franco le diría en sus últimos días a Suárez: la democracia es para ustedes. Ahí empieza todo. El general Walters fue a ver a Carrero y este le encargó que se pusiera en contacto con San Martín y con todo el grupo del SECED para la elaboración de la Pretransición.

¿Cómo le dice Franco a Walters que le da igual que la gente se corrompa? La expresión «pornografía y drogas» equivalía a anticiparse con humor a lo que de verdad ha ocurrido. La libertad trae todo eso. Creo que pensó que él tenía unas cosas que hacer, que las había hecho y que adiós muy buenas.

El quid de la cuestión es la conversación de Franco con Vernon Walters. ¿Qué va a pasar aquí? Ya está todo atado y previsto. Mire usted, no, esto no hay quien se lo crea. Los norteamericanos nos aconsejaron aglutinar a la oposición de dentro y hacer triunfar a la oposición reformista, no rupturista. Este consejo en concreto procedía de uno de los agentes, John Thomas. Nunca sabremos quién era este agente, porque sus nombres auténticos no eran esos, y que yo sepa no escribieron memorias. Prueba de la importancia que los Estados Unidos daban a la Península Ibérica es que mandaron a dos subdirectores de la CIA, Borchgrave y Carlucci, respectivamente a España y Portugal.

La Pretransición española coincidiría así con la transición revolucionaria en Portugal. Si lo nuestro preocupó mucho a Estados Unidos, lo de Portugal les preocupó mucho más todavía, porque el 25 de abril de 1974 empezó siendo un movimiento militar pero más bien de matiz comunista, con Otelo Saraiva de Carvalho y Vasco Gonçalves a la cabeza, imponiéndose sobre los militares más moderados como Mário Firmino Miguel. Interesó tanto a los Estados Unidos que mandaron de embajador al subdirector de la CIA, Carlucci, para que produjera la reversión del primer golpe izquierdista, y el 25 de noviembre de 1975 se produce la reversión completa con la llegada de António de Spínola al poder, con todos los militares moderados empujados por la CIA.

La revolución portuguesa fue un factor importante para que los Estados Unidos optaran por Felipe González frente a Antonio García Trevijano, a quien, en abril de 1976, cuando presentó la Plataforma Democrática en el Parlamento Europeo de Estrasburgo, le dijeron: lo sentimos, has perdido la batalla por la ruptura democrática, porque ha venido Kissinger, se ha entrevistado con Schmidt y Brandt, y han acordado dar su apoyo a la reforma en España. Ambos —Schmidt y Brandt— se entrevistaron con Juan Carlos y con el embajador de España en Estados Unidos, para transmitirles su decisión de eliminar a Trevijano (por considerar que el marxismo dominaba la Platajunta). Por eso Trevijano diría que quien le venció fue Estados Unidos con su batalla anticomunista, convencidos de que él estaba favoreciendo algo como lo sucedido en Portugal. Al propio Trevijano le habrían dicho, según las palabras que empleó Gabriel Albiac el 26 de mayo de 2013 en el programa *Lágrimas en la lluvia*: «Langley ha decidido y no eres tú, es González porque es el único que no ha tenido ningún contacto con un comunista».

El diálogo entre militares y civiles, durante la Pretransición, se hizo de forma clandestina, aunque no ilegal. Es decir, se hizo de manera discreta, tolerada y conocida por las máximas autoridades, que se resignaban a una solución que no era la que hubieran deseado. Pero su resignación era sincera, y de esa sinceridad querían convencer a aquellos políticos, opositores o no, que deberían llevar las riendas del Estado en el futuro. La propuesta americana encontró eco, en primer lugar, en un grupo de oficiales que formábamos parte del servicio de inteligencia militar, que no tomaría definitivamente su forma madura hasta poco después de la visita de Walters. Nosotros —ese puñado de militares— nos encargamos de contactar con políticos de todas las tendencias, para saber qué pensaban del futuro político, garantizarles que tendrían su parte en la carrera por el poder, y convencerles de que no trataran de desestabilizar el régimen o incluso derrocarlo para alcanzar ese poder.